

SUPUESTOS MOVIMIENTOS PRECURSORES DE LA INDEPENDENCIA AMERICANA

Por **ENRIQUE DE GANDIA**

La historia de la independencia americana ha sido investigada de acuerdo con teorías preconcebidas. Es, en realidad, lo que ocurre con todas las historias. Los historiadores no buscan datos al azar, sin seguir una línea orientadora. Todos tienen ideas directrices que les hacen preferir una investigación a otra investigación. Los datos reunidos por los investigadores, son elegidos según determinados principios y así pasan a formar parte de sistemas y llegan a demostrar hechos que, a veces no coinciden con la verdad. En el caso de la independencia hispanoamericana este fenómeno se ha producido en dos o más oportunidades. Cuando se suponía que la independencia había llegado como un choque de razas, los historiadores acumulaban referencias a choques de indios y blancos, a rivalidades genealógicas, a ambiciones sociales, etc. Los datos así reunidos dieron origen a volúmenes de gran interés y de suma utilidad. Precisamente esa acumulación sirvió para demostrar que la independencia no había nacido de cuestiones raciales. Vino, entonces, la teoría económica y empezaron a menudear los estudios de carácter económico en que se ahondaba costos, impuestos, comercio en todos sus aspectos, industrias, descontentos populares, etc. El economismo también fue insuperable para demostrar que las llamadas influencias materialistas de la historia no tuvieron absolutamente nada que ver con la independencia política de la América española. No vamos a referirnos a teorías menores ni a la vulgaridad, propia de lectores incultos, de suponer que la independencia americana es un eco o reflejo de la Revolución Francesa, etc. Una de las últimas teorías es la que ve en la influencia del iluminismo francés, es decir, de la filosofía liberal; de una cultura más desarrollada; de la política separatista inglesa y del ejemplo de Estados Unidos, la causa de las sublevaciones indígenas y de españoles, en diferentes ciudades hispanoamericanas. Estas rebeliones habrían constituido, por otra parte, ambientes favorables para los hechos que se produjeron en 1810 y años posteriores. La independencia verdadera habría tenido, en consecuencia, un clima favorable desde un siglo, más o menos, de anticipación. En otros

términos: la independencia tenía antecedentes, personas que la estaban preparando y la anhelaban fuertemente. Por ello fue posible en 1810. Se habría producido, históricamente, cuando le llegó el momento de producirse. El mejor expositor de esta teoría es Boleslao Lewin, en sus libros **Tupac Amaru, el Rebelde** y **Los Movimientos de Emancipación en Hispanoamérica y la Independencia de Estados Unidos** (Buenos Aires, 1952).

Esta teoría, aunque fundada en datos en gran parte olvidados o desconocidos, que constituyen una pequeña historia harto interesante, no alcanza a demostrar todo lo que se propone porque los datos que exhibe no se refieren a lo que trata de demostrar, sino a cosas muy diferentes. Es el error de todos los historiadores que han querido explicar la independencia por medio de antecedentes históricos escalonados a lo largo del tiempo. En este caso, los antecedentes exhibidos sirven, perfectamente, para revelar la existencia de charlatanes, de locos, de utópicos o de aventureros que soñaron, o fingieron soñar, para explotar a alguien, en fantásticas independencias, más que irrealizables por las formas absurdas en que estuvieron planeadas. Estos proyectos en la mayoría de los casos no fueron conocidos por más de dos, tres o cinco personas, jamás tuvieron la menor influencia en el pueblo y, en ningún caso han repercutido en los acontecimientos que realmente originaron la independencia. Al mismo tiempo, otros datos de esta teoría son utilísimos para descubrir la existencia, a cada instante, de descontentos populares debidos a impuestos, aduanas y causas parecidas. Relacionar los sueños de algún fanfarrón o caviloso y los malestares económicos con las verdaderas fuerzas políticas que despertaron de la guerra civil de 1808 en adelante, que llevó a la independencia, es una impropiedad tan grande que no merece refutarla. Soñadores y charlatanes los hubo y los hay en todos los tiempos y países. En la Argentina no faltó quien quisiera hacer un reino en la Patagonia y otro en la Tierra del Fuego. En un tiempo se habló de separar a Entre Ríos en una república independiente. También hay quien cree en la posibilidad de separatismos en otras provincias. Se trata de verdaderas imbecilidades, mucho más absurdas que los propósitos de un semimillonario que quiso independizar el desierto de Sahara. La teoría de los precursores y de los descontentos económicos coincide con las de otros historiadores que ven la independencia como el florecimiento de algo que ya estaba en las "entrañas" de la colonia, con la diferencia que los "entrañistas" no documentan sus asertos, en lo que se refiere a la colonia, y sus congéneres los documentan a la perfección con casos raros, aisladísimos, que reflejan cualquier cosa menos que auténticos ideales separatistas. El último expositor de esta teoría dice, por tanto, que, "a nuestro juicio, la independencia de América es un proceso que se inicia en forma borrosa —como sentimiento de aversión a la prepotencia foránea y de apego incondicional a lo telúrico— en los siglos XVI y XVII. Adquiere, en algunos casos, netas características políticas en la primera mitad del siglo XVIII, llega a un estado de conciencia en la segunda mitad de este siglo y a la etapa de materialización en el siglo XIX".

Ahora bien: como estas afirmaciones corren impresas en bue-

nos libros, están sostenidas por hechos y documentos y son leídas por jóvenes en formación, es preciso aclararlas y refutarlas de acuerdo con la más pura verdad. Como vemos, Lewin se refiere a una aversión a la prepotencia foránea y a un apego incondicional a lo telúrico que se hacen fuerzas políticas y terminan por alcanzar su triunfo definitivo, es decir, la independencia. Quienes lucharon por ella no querían únicamente separarse de España, sino disfrutar de una libertad civil. Por ello se pusieron en contacto con el primer país donde esa libertad civil fue posible: Estados Unidos. El único defecto de esta teoría es que carece de pruebas o se fundamenta en datos demasiado insignificantes. Por otra parte, no es correcto o histórico hablar de prepotencia foránea y de apego a lo telúrico. Es una reminiscencia del odio de razas. En América eran todos españoles o hijos o nietos o biznietos de españoles que no consideraban foráneos a quienes habían nacido en la Península. Los indios disfrutaban de leyes especiales y sabían protestar por un impuesto excesivo, pero no sabían concebir, con propiedad, lo que era foráneo. Igualmente vago es el imaginario apego a lo telúrico. Nadie pretendía arrancar de la tierra a los habitantes de América. No había, por tanto, problemas telúricos. La palabra puede encandilar a estudiantes, pero no a estudiosos.

Inglaterra, por ser, tradicionalmente, enemiga de España, recibía, con preferencia a otros países, las visitas de los traidores y charlatanes que soñaban independizar alguna parte de América. Ya hemos dicho que fuera de contadísimas personas —a veces las pocas que los recibían en el Ministerio inglés— nadie se enteraba de esos disparates. Los funcionarios ingleses los escuchaban un poco por curiosidad y otro poco por cortesía y todo quedaba pronto terminado. Así ocurrió con el ex-capitán general de Nuevo México, Diego Dionisio de Peñalosa y Briceño, tal vez nacido en Santa Cruz de la Sierra, que se fue a Londres a pedir una expedición contra las costas de Chile en 1699. No sabemos si como fruto de sus gestiones llegó hasta Valdivia el barco *Sweepstakes* con el capitán John Narborough. También el español marqués de Corpa se trasladó de Chile a Londres a planear despropósitos. Saltamos otros proyectos comparables de comienzos del siglo XVIII. Lewin mezcla estos hechos con las corrientes ideológicas del siglo XVI: Descartes, que pertenece al anterior, Newton y Locke y la Enciclopedia (actualmente semi-inhallable en Buenos Aires): todo lo cual nada tiene que ver con las revueltas americanas de este tiempo, originadas por excesos de impuestos y no por ideales políticos. El enciclopedismo o filosofía de las luces penetró, en efecto, en ambientes donde menos se dejó sentir el liberalismo. Mucha gente supone, en estos estudios, que enciclopedismo y liberalismo son una misma cosa. Se trata de un grave error. El enciclopedismo o filosofía francesa de Voltaire y demás colegas suyos fue la más alejada de los verdaderos fundamentos liberales de igualdad, justicia y unión, para el bienestar y fuerza del pueblo. La filosofía francesa del siglo XVIII fue una filosofía para entretenimiento de monarcas absolutistas y damas empolvadas. Los monarcas, con esas enseñanzas sarcásticas, se burlaban del clero y del confesonario y las damas con pelucas blancas se entregaban con más libertad a sus buenos escándalos. Fue, aquella, una filo-

sófia burlona, anticlerical, que ponía una valla a la influencia jesuítica, cada vez más poderosa. Por ello el aplauso de los monarcas despóticos, absolutistas, como Luis XIV, Federico el Grande, Catalina de Rusia, José de Austria, Carlos III de España, Leopoldo de Toscana, Cristian de Dinamarca, Gustavo de Suecia y Estanislao Augusto de Polonia, a los escritos de Voltaire, Rousseau y demás filósofos, que se burlaban de curas y frailes y mendigaban en sus cortes lo mismo una protección que algunos elogios. La filosofía francesa, de erudición barata y escarnio sistemático, fue del paladar de los reyes despóticos y de sus queridas intrigantes y ramera; pero no tuvo, en América, la más insignificante influencia, como hemos dicho y probado innumerables veces. Si sus libros llegaban y eran leídos por contadísimas personas, todas de una indiscutible fidelidad al imperio hispanoamericano, era por curiosidad o pasatiempo, a escondidas, como cuando se trataba de libros obscenos, novelas fantásticas o brujerías para analfabetos. Locke, que en nada puede mezclarse con la filosofía francesa y le dió sus mejores ideas, tuvo honda repercusión en las colonias inglesas y fue ignorado, de un modo general, en la América española. Una literatura histórica semiculta de hoy en día repite que Francia irradió sus luces, en el siglo XVIII, por todo el mundo. Alguien, también, habla de Voltaire y de Aranda como si el primero hubiese guiado los pasos del segundo. Fue, en cambio, el ministro español que despertó la admiración de Voltaire. La relación de la filosofía francesa con las revueltas americanas, repetimos, es una de esas mezclas que la historia desconoce, pero que los eruditos hacen en los libros para asombrar a lectores sin discernimiento propio.

La política anti-inglesa, que los Borbones desarrollaban más de una vez, a los gobiernos de Londres, fue tanto una ruina de Francia como de España. No sólo Inglaterra, sino otros muchos países en Europa, sin excluir a Francia, habrían visto con agrado estallidos revolucionarios en América y cualquier desastre en España; pero todo esto no revela ningún hecho que haya influido, directa o indirectamente, en la futura independencia de América. Inglaterra era el país obligado al cual se dirigían todos los enemigos de España. Antonio Pérez, el discutido secretario de Felipe II, también lo hizo y nadie afirmará, por ello, que se propuso independizar a América. Más interés tenía Inglaterra en posesionarse de algunas plazas fuertes españolas o saquear alguna ciudad que trabajar por la formación de Estados imposibles en el Nuevo Mundo. El almirante Vernon quiso posesionarse de Cartagena, pero fracasó estruendosamente, a pesar de las medallas que se acuñaron en Londres para celebrar su triunfo. El almirante Jorge Anson se propuso sembrar el descontento entre los indios chilenos para crear molestias a España. Estas expediciones, del 1741, no llevaban proyectos de favorecer ninguna independencia. Ingenuo sería el suponer que llegaron a tener ecos en 1810... En 1765, un arquitecto francés, llamado Guiller, dió cuenta de una visita de dos caballeros de México que le hablaron de sus esperanzas de sacudir el yugo español y producir levantamientos en México. Todo se hizo tan en secreto que las autoridades españolas supusieron que se trataba de una invasión. Hoy se sabe que Guiller era el marqués D'Aubarede y que todo cuan-

to difundió en Londres no provenía más que de su cerebro. Tenía grandes planes de empréstitos y conquistas. Buen aventurero, terminó en el silencio. Lo mismo le ocurrió al capitán Kaye, tan entusiasmado por la independencia de los Estados Unidos que se dedicó, al año siguiente, a soñar con una independencia igual en la América española. Sus planes no pudieron interesar a un país que acababa de perder sus colonias.

La ayuda de España a las colonias inglesas de la América del Norte, para que declarasen su independencia, es un argumento que un gran número de historiadores exhibe, continuamente, para justificar la ayuda de Inglaterra a los rebeldes americanos cuando lucharon por su separación de España. Todo esto está tan arraigado en los conceptos históricos, desde el siglo XVIII hasta la fecha, que parece verdad. Es, en cambio, una suposición, una invención. No hubo tal ayuda de España a los colonos ingleses rebeldes ni tal otra ayuda de Inglaterra a los insurgentes hispanoamericanos. Pero los observadores del siglo XVIII, en sus charlas de café o de te, sacaron la gran deducción de que el ejemplo de la independencia de los Estados Unidos terminaría por producir hechos iguales en la América del Sur. Fueron vaticinios o adivinanzas históricas que parecieron revelaciones maravillosas o una confirmación asombrosa cuando se produjo la independencia de las repúblicas hispanoamericanas. No obstante, el ejemplo de Estados Unidos no influyó absolutamente en nada en la futura independencia de Hispanoamérica. Pero creó una teoría histórica que pareció verdadera y aún es repetida por muchos historiadores superficiales. Los políticos y comentaristas ingleses deseaban que el gran daño que representaba para su patria la separación de las colonias de la América del Norte tuviese idénticos efectos en Francia y en España. Francia no tenía colonias comparables a las de Inglaterra y España; pero se le deseó y predijo igualmente una revolución en su propio territorio. La revolución se produjo en Francia en 1789. Ella, en cierto modo, es un reflejo de la revolución norteamericana de 1776. En su organización y propaganda intervinieron Lafayette, que había combatido en Estados Unidos, y Franklin, que había sido un protagonista en los sucesos norteamericanos. Tomás Paine, después de haber levantado el pueblo de las colonias de la América del Norte, con su **Sentido común**, contribuyó a levantar también el francés. Ambos pueblos —el norteamericano y el francés— tenían muchas ideas comunes, que arrancaban todas de Locke; pero no puede afirmarse, tampoco, en una forma extrema, que la Revolución Francesa, tan fuertemente influenciada por la norteamericana, haya sido una réplica de la independencia de Estados Unidos. Hubo ideas comunes que tenían las mismas fuentes y produjeron hechos comparables que los deseos de venganza o la malignidad de algunos autores presentaron como resultados encadenados, lógicos, inevitables. En cuanto a España, los vaticinios de los políticos ingleses, de que la revolución norteamericana estallaría también en sus colonias, resultaron un enorme fracaso, pues la guerra civil que dividió a los partidarios de las Juntas y a los del Consejo no fue una revolución y no es posible, tampoco, encontrar la más mínima influencia norteamericana en los sucesos, llamados revolución, de 1810; pero el hecho panorámi-

co de existir, en la historia, dos épocas guerreras, de luchas de un pueblo contra otro pueblo, en 1776 y en 1810, hace admitir influencias nunca existidas. Los dos movimientos nacieron de causas completamente distintas; pero tuvieron, como en el caso de la Revolución Francesa, bases ideológicas también comunes: el liberalismo político.

No hay que dejarse sugestionar por las enseñanzas de muchos historiadores que perfieren la historia deducida o inventada, siempre más cómoda y tradicional, a la historia verdadera de las ideas y de las realidades. La manía de las comparaciones y de las relaciones ha llegado a tales extremos que alguien posiblemente inventó el plan del conde de Aranda, de 1783, de dividir América entre varios reyes de origen español. Este documento tiene un antecedente en el plan del ministro inglés Pitt, que, en 1762, propuso crear en las colonias de la América del Norte una serie de reinos que habrían estado unidos con la gran Bretaña. El caso de los paralelos históricos tiene una oportunidad de estudio y de análisis en estos dos planes, tan coincidentes. El de Pitt es auténtico; pero el de Aranda probablemente no lo es. Su original no existe y Aranda ni nadie, en su tiempo, se refirió a él. Según este documento, el rey de España debía crear un reino en México, otro en el Perú y otro en la Costa Firme, poner un infante español, con el título de rey, en cada uno de ellos, y el rey de España darse el título de emperador. La búsqueda de ideas semejantes en los escritos de Aranda, para deducir si el plan pudo pertenecerle, no ha dado resultados convincentes. En cualquier forma, auténtico o no auténtico, el pensamiento de Aranda, si existió en ese sentido, no pudo ser apreciado mas que por el rey de España y algún otro confidente. América lo ignoró y nadie se atreverá a decir que creó ideas separatistas en el Nuevo Mundo.

La independencia de la América española era algo previsto por muchos autores. Se pensaba en ella, no sólo por el ejemplo de Estados Unidos, sino por esa creencia, tan generalizada entonces y ahora, de que las grandes colonias terminan por rebelarse e independizarse. El imperio romano ofrecía otro ejemplo. Lo mismo podía decirse del imperio de Carlo Magno. La filosofía histórica de aquellos tiempos hacía considerar inevitables estos destinos. No debe extrañar que en la **Enciclopedia** francesa, leída y citada por los hombres de Tucumán, se vaticinase la futura independencia de la América española. El autor del artículo **España** suponía que, al independizarse, América se bastaría a si misma, no necesitaría en absoluto de Europa y el Viejo Mundo empezaría a languidecer hasta caer "en el mismo estado de necesidad en que estábamos cuatro siglos ha". No creía, sin embargo, que esa independencia pudiese suceder. "La España, yo lo confieso, parece que se halla a cubierto de esta revolución, pero el imperio de la fortuna es muy extenso y la prudencia de los hombres puede lisonjearse de prever y vencer todos sus caprichos". Aranda también preveía el peligro de revoluciones. Y hasta Manuel Godoy, una vez echado del poder, dijo en sus **Memorias** (Madrid, 1836) que estaba dispuesto a reconocer la autonomía a las colonias. Coincidió, en algunos aspectos, con la propuesta del Conde de Aranda, cuyo proyecto citaba —prueba, para Lewin, de que es auténtico—. El marqués de Varinas

y otros personajes, en diferentes fechas, soñaron con la independencia de América, para bien o mal del Nuevo Mundo y de España; pero esos sueños y esos vaticinios no produjeron, ni por asomo, las causas que llevaron a la independencia. Godoy vislumbró muy bien estas causas verdaderas. Explicó que el día en que se ayudó esa guerra norteamericana que "consagraba la insurrección, que violaba en su fundamento la mutua fe de las naciones, que encendía eternos odios, que provocaba a venganzas y a represalias espantosas, que establecía un precedente ominoso de subversión, que ponía en boga y hacía buena la rebelión de las naciones contra sus gobiernos legítimos; el día en que las cortes se ligaron para esta infamia, aquel día se abrió sobre la tierra la verdadera caja de Pandora y aquel día se aparejaron las borrascas que han desolado los dos orbes". Godoy se refería, como vimos, a la simpatía con que se vió la rebelión norteamericana en contra de Inglaterra, que disminuía el poder inglés enormemente, y la mayoría de los autores que han transcritto el párrafo anterior suponen, inocentemente, que Estados Unidos, con su independencia, fue la generadora de todo lo que Godoy consideraba salido de la caja de Pandora. Ese ejemplo, según Godoy, que consagraba la insurrección, habría originado las revoluciones de Europa y de América. Pues bien: hay que entender más hondamente tales palabras: no fue el ejemplo de Estados Unidos que dió origen a tantas cosas; fueron las ideas liberales que originaron la independencia de Estados Unidos, la Revolución Francesa y la guerra civil que dividió a los partidarios de las Juntas, o derechos naturales del hombre, y a los partidarios del Consejo de Regencia, o régimen monocrático de una institución sobre medio mundo.

Las rebeliones hispanoamericanas anteriores al 1810 obedecieron, todas, a causas generalmente económicas, relacionadas con impuestos excesivos. Distinto es el caso de Lope de Aguirre, en el siglo XVI: vasco que consideraba tirano a Felipe II y se rebeló contra él en un intento de loco sanguinario. Distinto, también, es el caso de las rebeliones del Perú, producidas por las leyes que suprimían las encomiendas. En Cuba hubo revueltas por el estanco del tabaco. En México y Sur América las revoluciones son protestas contra enormes impuestos. Desde mediados del siglo XVII el comercio, en América, era en gran parte extranjero. Hay estudios que ya no admiten discusiones. Del setenta al noventa por ciento de las ganancias del comercio con América correspondía a extranjeros. Sevilla era un puerto más de Europa que de España. El contrabando, por otra parte, contituía una institución. Carlos III dió grandes libertades al comercio. Cientos de buques extranjeros visitaron los puertos de América. La proporción, en el siglo XVIII, era de cuarenta barcos españoles por trescientos extranjeros. En los libros comerciales de varias casas importadoras y exportadoras de Buenos Aires hemos podido comprobar la presencia de buques con banderas de medio mundo. Este comercio representaba un contacto con hombres e ideas de los países más lejanos, sin excluir Turquía. Por ello llegaban libros con incontables ideas. En otros tiempos se citaba alguna ley de Indias que prohibía el pase, a América, de obras contrarias a la religión, de libros obscenos y novelas fantásticas. Con el siglo XVIII las barreras quedaron en el papel y los libros

más diversos se difundieron, a montones, por el Nuevo Mundo. No vamos a aludir a los ya muchos autores que han estudiado este punto con documentos y pruebas a granel. Cuando no eran los contrabandistas quienes importaban libros de todo género, eran los mismos españoles: barberos, obispos, comerciantes, virreyes, de todo. Además, una cosa eran los libros luteranos o judaizantes y otra cosa eran las obras filosóficas, con ideas políticas en favor de los derechos naturales del hombre. Los filósofos franceses fueron leídos con suma naturalidad; pero no fueron ellos quienes crearon los principios liberales que dieron una conciencia nueva a la mayoría de los habitantes del Continente hispano: fueron Santo Tomás y los teólogos de la escuela de Salamanca. La lucha de la Inquisición en contra de los enciclopedistas fue dura y fue larga. A cada instante se descubría una casa donde alguien leía tranquilamente a Voltaire, a Rousseau u a otro de aquellos hombres. Boleslao Lewin cita algunas mónicas secretas atribuidas a los jesuitas que aparecieron en América, en distintos lugares y fechas. La campaña anti-jesuita que precedió y siguió a la expulsión de 1767 se hizo sentir también en América. Lewin agrega la propaganda por medio de láminas con representaciones heréticas o alusivas a la libertad. Nada debe extrañar. América no era una China rodeada por una muralla. Las inquietudes de Europa llegaban a estas tierras con pocos meses de diferencia. El primer periódico de América apareció en México el primero de enero de 1722. Poco a poco, con grandes espacios de tiempo, aparecieron otros periódicos en Guatemala, Lima, La Habana, etc. En años anteriores, hojas volantes difundían las noticias que llegaban de Europa. Son conocidas las gacetas que a cada instante lanzaba en Buenos Aires la Real Imprenta de los Niños Expósitos y que tenían al público al corriente de todo cuanto ocurría en Europa con una precisión y abundancia de detalles realmente asombrosa. Pero todo esto, repetimos, no despertó ninguna idea separatista hasta que la guerra civil entre los partidarios de las Juntas y los partidarios del Congreso de Regencia no hizo comprender que la única solución era, para los americanos, la independencia.

Las revoluciones y conspiraciones del siglo XVIII, cada día mejor estudiadas, pueden compararse con las que se producían en España, en el mismo siglo, y tenían por causa principal el descontento que originaba algún impuesto o la política del rey y de su gobierno. Es preciso reaccionar fuertemente contra la creencia infantil de que España, por tener un rey no tenía políticos. Si hubo, en el mundo, un pueblo por esencia político fue el español. Política eran las discusiones teológicas que enfrentaban a cientos de teólogos; política era la acción de los defensores o enemigos de un favorito, de un personaje o de una ciudad. Cada cabildo tenía sus representantes en Madrid que hacían intensa política. Para disfrutar de favores o hundir a un contrario, hacían política los duques y los lacayos. La literatura política española es una de las más ricas que existe. Es muy natural que hayan chocado, en cualquier ciudad de España y de América, las autoridades civiles con las eclesiásticas y que, a menudo, como en Buenos Aires, hayan estado, simultáneamente, en pugna, Virrey, Obispo y Cabildo, con docenas de familias que seguían a uno de estos tres

poderes. Y no nos detenemos en el obispo enemistado con sus curas o en el Cabildo dividido en dos o tres partidos o en la Audiencia con los miembros en eterna lucha o en el Consulado con sus componentes separados por profundos odios o en el Virrey en pugna con sus subalternos o en el espionaje que, sobre todos, ejercía la inquisición. No faltaban las divisiones por simpatías políticas en favor de los jesuitas o en su contra, del Conde de Aranda o de Floridablanca o de Manuel Godoy; de Carlos III o de otros personajes; de Carlos IV o de Fernando VII, etc. Desde los tiempos de Garay y de Hernandarias hubo partidos y preferencias en el territorio de la actual Argentina. En el Perú, el descontento, en el siglo XVI, cuando se ordenó la supresión de las encomiendas, ya sabemos que produjo una guerra civil y no faltó quien soñara con una posible independencia. Dos siglos más tarde, en 1739, Juan Bélez de Córdova preparó una revolución que fue descubierta y tenía como causa los excesivos impuestos. Bélez de Córdova proponía restaurar la dinastía incaica en una persona de la real sangre de los incas del Cuzco, en quinto grado de parentesco. Su única intención era "restablecer el Gran Imperio y Monarquía de nuestros reyes antiguos". En 1740 comenzó a gestarse una conspiración en el Perú que se proponía colocar en el trono a un inca de nombre Felipe, con el título de Rey de los mares del Sur y del Norte. Para conseguirlo, partió a Londres el marqués Campuzano disfrazado de fraile agustino. En 1749 se levantó el descendiente de los incas Juan Santos Atahualpa. En 1750 se descubrió una conspiración en Lima a la cual se atribuyeron intentos de quemar la ciudad y cometer muchas muertes. Sus verdaderos fines son desconocidos. Los jefes eran siete, casualmente, como los de otras conspiraciones. Todos ellos fueron ahorcados y descuartizados. En el mismo año de 1750, Francisco Inca se levantó en Huarochiri prometiendo librar a los indios de mitas y tributos; pero los indios entregaron a Francisco Inca y a otros jefes a las autoridades españolas. En 1761, el indio Jacinto Canek organizó una sublevación en Yucatán y se hizo coronar como rey con el nombre de Jacinto Uc Lucero, Pequeño Moctezuma. Murió en manos del verdugo. En 1765 hubo en Quito otra revolución en contra del mal gobierno y de los grandes impuestos. En 1766 se descubrió una conspiración en Buenos Aires que tenía ramificaciones en la Colonia.

Boleslao Lewin, que ha reseñado estos hechos con las fuentes de diversos autores y documentos, ofrece un cuadro histórico interesante para comprender que tanto las rebeliones como los sueños de independencia o aspiraciones, de algunos personajes, a convertirse en reyes, aparte de ser actos utópicos, no tenían otras causas que un continuo descontento contra el mal gobierno y los impuestos exagerados. Era exactamente lo que ocurría en España, donde las revueltas, desde los Comuneros en adelante, fueron muchísimas y todas alegaron la misma aversión a los malos gobiernos y la enormidad de los impuestos creados.

Lewin cree en una influencia de la revolución norteamericana de 1776. Reconoce, con Parrington, que una generación antes de Locke, en la América del Norte existían las ideas que el filósofo inglés popularizó. No dice que estas ideas eran, en resumen, las de Santo To-

más difundidas por una larga serie de autores que pronto olvidaron su primer expositor. La supuesta influencia no pasó de alguna alusión a la felicidad que se disfrutaba en Estados Unidos. El paralelismo de los movimientos revolucionarios es casual. Ya hemos visto que antes del 1776 hubo muchas revoluciones en América y muchos proyectos fantásticos, todos debidos a impuestos que parecían exagerados. No fueron precisamente las cuestiones económicas las que llevaron a la guerra de independencia a los habitantes de las colonias inglesas de la América del Norte, sino ideas políticas liberales, opuestas a las que dominaban y gobernaban en Gran Bretaña. No hubo ningún aliento por parte de los nacientes Estados Unidos a los rebeldes de pueblos y lejanas ciudades de la América española. Hablar de este aliento, como hacen algunos autores, es caer en fantasías.

La existencia de una trama revolucionaria ha sido sostenida por no pocos historiadores. Críticos modernos suponen que Francisco de Miranda tuvo representante en toda América que trabajaban, lo mismo que él, por el mismo fin. Esto es una novela. La correspondencia, reducida a unos pares de cartas, con algún que otro personaje perdido en el Continente no prueba la existencia de ninguna organización especial. Otros críticos ven una trama en torno al año 1780, en que las revueltas se generalizaron y parecen responder a una sola dirección y a un único propósito. El propósito, en efecto, en la casi totalidad de los casos, es el mismo: hacer derogar los impuestos excesivos y el estanco del tabaco; pero la dirección única todavía no se ha encontrado. Es la identidad de fines lo que ha hecho imaginar un centro organizador común. Se trató, simplemente, de casos coincidentes o convergentes con orígenes independientes, por completo aislados entre sí. Exceptuamos los casos conocidos, en que un mismo grupo de conspiradores actuaba en dos o más ciudades diferentes; pero estas circunstancias fueron contadas y el gran conjunto de las rebeliones, como dijimos, obedeció a una misma causa y a un solo fin, pero no tuvo una organización general. Los beneficios del comercio libre, establecido en 1778, se interrumpieron, de pronto, con la guerra de España con Inglaterra, empezada el año siguiente, 1779. Los impuestos, en especial los derechos de aduana, fueron aumentados de golpe. En realidad, estos aumentos habían sido dispuestos por real cédula del 29 de julio de 1776; pero no se hicieron efectivos hasta 1779. Es entonces cuando empezaron a generalizarse las revoluciones que sirvieran de ambiente y de ejemplo a la posterior de Tupac Amaru. Españoles, criollos e indios moviéronse contra los impuestos, inspirados, todos, por el mismo desagrado. No hubo, como dijimos, ninguna unidad. Cada movimiento obedecía a impulsos locales e independientes de otros. A menudo, como veremos, se hacía referencia a la felicidad que se disfrutaba en Estados Unidos y hasta a lo bien que gobernaba la enemiga Inglaterra; pero estas alusiones no significaron, en ningún momento, ninguna intervención inglesa. Quienes han sospechado influencias inglesas en las revoluciones de 1779 y 1780 o en la posterior de Tupac Amaru se han dejado llevar por la fantasía. El establecimiento del estanco del tabaco y de otros impuestos fue discutido en el Cabildo de Buenos Aires en 1778. José Antonio Pillado, en su **Buenos Aires colonial** (Buenos Aires, 1910)

relató estos hechos con las actas del **Extinguido Cabildo**. Boleslao Lewin los ha engarzado inteligentemente en su estudio de **Los movimientos de emancipación en Hispanoamérica y la independencia de Estados Unidos** (Buenos Aires, 1952). La protesta se consignó en el acuerdo del Cabildo del primero de diciembre de 1778. Los cabildantes recordaron cómo “conceden las leyes el arbitrio de representar el perjuicio que al común infiera cualquier rescripto”. El síndico del Cabildo pedía los testimonios de la imposición de los impuestos para estudiarlos, pues “este perjuicio no tanto puede consistir en la imposición como en los medios y manejo que de ella hagan los mismos destinados a su ejecución”. El rey de España contestó desde el Pardo, el 12 de marzo de 1779. Sus palabras no parecían las de otros tiempos y otros reyes, tan respetuosas de la voluntad del “común” que el Cabildo de Buenos Aires todavía se atrevía a invocar. Era aquella una época absolutista que contrastaba con los sentimientos conservadores, heredados de los comuneros de Castilla, de los comuneros de Irala y de los comuneros de Antequera y Mompox, que seguían moviendo la política populista de Buenos Aires. El rey, pues, ordenó al Cabildo que hiciese saber al síndico Bernardo Sancho de Larrea “que en adelante se abstenga de otras semejantes. Ha desaprobado S. M. los acuerdos de la ciudad sobre estos asuntos, declarando no tener derecho ni facultad para mezclarse, representar ni oponerse en ellos como que son privativos de la Suprema potestad. Quiere en Cabildo pleno se advierta al mismo Procurador Síndico que por pura conmiseración no toma S. M. desde luego con él la providencia, bien merecida, de ponerlo por algunos años en las Malvinas, pero que autoriza a V. S. para que lo haga si reincidiese en semejantes excesos, como V. S. verá en la adjunta que hará entregar al mismo Ayuntamiento para que no pueda alegar ignorancia”. El ministro que hablaba en esta forma en nombre del rey era José de Galvez. Su nombre constituía una tendencia y un partido y en su contra estaba, en España y en América, otra tendencia y otro partido. Infinitas personas estaban interesadas en su caída. A él se dirigían los golpes de las rebeliones y de las protestas, no al rey, a quien se invocaba para que destituyese a tan odiado funcionario. La guerra, entre tanto, se avecinaba. El 23 de marzo de 1779 se ordenó cerrar todos los puertos. El 3 de abril se declararon las hostilidades contra Inglaterra. El comercio paralizado, el dinero circulante cada vez menor. Para colmo, en marzo de 1779, el Intendente y el Contador general elevaron las alcabalas del 4% al 5%. Los pasquines empezaron a aparecer. Uno se encontró en la botica de don Francisco Silvio Marull, apellido que se señaló como conspirador en la imaginaria conspiración de don Martín de Alzaga, en 1812. Otros pasquines representaban en burros, camino de la horca, al Intendente y al Contador. Unos enmascarados amenazaron al recaudador de impuestos. El 11 de agosto de 1779 se encontró otro pasquín en la casa de Francisco Antonio Escalada. El virrey Vértiz impuso multas a los hermanos Escalada y a otras personas. Nadie podía ocultar el descontento. La correspondencia comercial de don Gaspar Santa Coloma revela innumerables detalles de esta época que muestran la tristeza y la miseria con que se vivía. Los males de Buenos Aires no fueron exclusivos de esta ciudad.

El contrabando aliviaba grandemente. En otras partes de América, en cambio, el aislamiento producía más quebrantos. Los pasquines, único desahogo del pueblo, aparecían en muchas ciudades. Lewin opina que "la literatura pasquinesca es mucho más importante para la comprensión del proceso emancipador que los medios de cultura y propaganda bajo el contralor oficial". No estamos en un todo de acuerdo. En primer lugar, el proceso emancipador no comienza en esta época ni a él se relacionan, en ningún instante, los pasquines que atacaban impuestos y el estanco del tabaco. No hay que confundir las protestas contra los impuestos, más fuertes en cualquier región española que en América (Guipuzcoa amenazó separarse del resto de la Península) con el choque de los partidarios del sistema de las Juntas y de los partidarios del Consejo de Regencia, posterior al 2 de mayo de 1808. La independencia de la América española se produce de los hechos que originó la guerra civil entre juntistas y consejistas. Antes del 2 de mayo de 1808, en que estalló la revolución madrileña y española contra Napoleón y se inició el sistema de las Juntas, había aventureros que proponían crear reinos en cualquier parte de América, había soñadores con independencias indígenas, charlatanes, locos, etc., y había revueltas contra el estanco del tabaco y los impuestos excesivos, hechas por el pueblo directamente afectado, tanto español y criollo como indígena o todos mezclados. Más tarde, después del 1808, hubo revoluciones para impedir el dominio de la infanta Carlota Joaquina. Confundir un movimiento con otros movimientos es grave error que conduce a incomprendiones y a fantasías. Ahora estamos hablando de las protestas contra los impuestos considerados excesivos. Ellas surgieron simultáneamente en las principales ciudades de América sin tener casi relaciones entre sí. Boleslao Lewin las ha mencionado muy bien, aunque sus conclusiones, por razones personales, son diferentes a las nuestras. En Chile, el fiscal de la Real renta del Tabaco, don Domingo Martínez de Aldunate, recibió cartas anónimas llenas de amenazas. Era el año 1766. También aparecieron pasquines en las calles de Santiago. En uno de ellos, que no olvidaba el clásico e infaltable "¡Viva el Rey!", se leía: "Gracias a Dios llegó el tiempo de sacudirnos el yugo de las injustas pensiones. Fuera el Estanco tan perjudicial y nocivo, que así es la intención del rey!" Las ideas políticas de aquel entonces, que veían al rey como protector y encarnación del pueblo, atribuían al monarca todo lo que el pueblo deseaba. Sería impropio el afirmar que el pasquín anterior se refiere a una independencia y separación de España. En cambio pensaron en una república chilena los franceses Antonio Gramuset y Alejandro Berney en 1780. Los conspiradores se proponían libertar a los esclavos, repartir las tierras y crear un gobierno compuesto por un senado. Todo fue delatado por el abogado Saravia y Sorante, natural de Buenos Aires, los franceses fueron aprehendidos y, más tarde, murieron. Dos años después, en 1782, apareció en Londres otro francés, llamado Dupré, que firmaba Juan Antonio de Prado. Este personaje, conocido misteriosamente por Don Juan, pidió seis mil hombres y buques de guerra para conquistar a Buenos Aires y seguir hasta el Perú. La paz de España e Inglaterra hizo que no se escuchara sus propuestas. Don Juan quería convertirse en rey de esta

parte de América. Su misión, más que secreta, no tuvo transcendencia en Chile ni influyó en ningún hecho histórico.

La creación de una aduana y el aumento general de los impuestos dió origen a una revolución en Arequipa en enero de 1780. El encargado de la aduana se hizo odioso con sus procedimientos. Mucha gente empezó a salir de noche, armada y embozada. Pasquines en las paredes se refirieron a los robos de los oficiales reales y amenazaron hacer correr sangre como agua. Los pasquines declaraban que la población estaba dispuesta a pagar las alcabalas, pero no los quintos, el reparto y la aduana. Algunos de estos pasquines se referían a Inglaterra, nación que estaba en guerra con España. Boleslao Lewin, al comentarlos, no los interpreta correctamente. Ello se debe a su prejuicio de querer demostrar que en América existía una marcada antipatía hacia España y sus reyes. Era todo lo contrario. Los mismos pasquines lo dicen bien claro. Sin embargo, el señor Lewin escribe: "Su inquietud subió de punto cuando el núcleo rebelde fijó en la puerta de una de las iglesias arequipeñas un pasquín que no sólo vituperaba contra la aduana sino aclamaba al rey de Gran Bretaña, "amante de sus bazallos"... El pasquín que contiene la frase reveladora y que nos ubica en un terreno insospechado en la generalidad de los estudios históricos, apareció el 12 de enero". Desgraciadamente, este pasquín no nos ubica en ningún terreno insospechado en la generalidad de los estudios históricos, sino que nos deja en el conocido campo de la extrema fidelidad a España. Júzguese. El pasquín dice: "Tras uno seguirán todos —con esfuerzo universal—, y dirán que vibra el rey, —y en su gobierno, muera el mal—. Que el rey de Inglaterra es amante a sus bazallos, —al conτρό del de España— hablo del señor don Carlos". No es un elogio al rey de Inglaterra; es un temor o una advertencia de que el pueblo, al levantarse, diría que el rey de Inglaterra era amante de sus vasallos. Ello no debía ocurrir y, para que no ocurriese, se entendía que bastaba suprimir la aduana. Los vivas al rey no faltaban en ningún instante. Otros versos elogiaban a Gran Bretaña como dueña de una escuadra poderosa y mostraban tristeza por la decadencia de la escuadra española. En otros versos, Inglaterra, "los colonos", es decir, los norteamericanos, y la Francia se elogiaban a sí mismos mientras que España decía: "Insultos y más insultos y no he de obrar? Qué rey sabio no es defensor de su agravio?" Eran estímulos para que España levantase su condición caída. Otros pasquines declaraban que el reino se perdía si no se suprimían los impuestos. Como la aduana seguía firme y otros pasquines refutaron a los primeros, el 13 de enero de 1780, unos quinientos hombres golpearon las puertas de la aduana gritando que se fuesen los ladrones públicos. Al día siguiente se produjo un verdadero asalto a la aduana. El 15 de enero se cerró la aduana. Al mismo tiempo, el corregidor persiguió a unos indios rebeldes. Con el triunfo de los anti-aduanistas no hubo más revueltas en Arequipa.

En el Cuzco, los pasquines en contra de la aduana empezaron a aparecer el 14 de enero de 1780. En el primero se daban vivas al rey y "muera el mal gobierno y tiranía". La política contraria al odiado Ministro José Gálvez había estallado: "Y muera tanto ladrón

como aquí se nos mete, sirviendo de soplones y alcahuetes del Visitador Areche, que el reino tiene ya en escabeche. Oh, pobre Carlos III, qué engañado vivís! pues mantiene gobernando a un José Gálvez, a un arlequín Areche, quien jamás se valió, para ningún servicio, de hombre de honor, de verdad ni de buen juicio". Etc. Los fines de la revolución no pueden ser más claros. El jefe de esta oposición a la aduana era Lorenzo Farfán de los Godos, también él empleado de la aduana. Un fraile reveló un secreto de confesión y unos indios, con los cuales se contaba para la revuelta, traicionaron a sus amigos. El resultado fue que en junio de 1780, después de un breve proceso, Farfán de los Godos y sus cómplices terminaron en la horca. Algunos autores han querido complicar en la revolución de Farfán de los Godos al obispo Moscoso y Peralta. Se trata de un craso error. Lo único que hizo fue no dar importancia a la conspiración denunciada por el fraile agustino. "No puede dárseles estrictamente el nombre de rebelión, por haberse concebido entre pocos sujetos de ínfima clase, de ningún apoyo y fomentos ni medios proporcionados para comenzar y seguir una acción de tanta consecuencia y tan graves resultas". Era la verdad.

Los desórdenes callejeros en contra del establecimiento de la aduana se dejaron sentir también en Huaraz el 8 de febrero de 1780; en Pasco, el 7 de marzo, y en otras ciudades, siempre en los meses de marzo y abril. En La Paz apareció un pasquín el 4 de marzo que ha merecido a Boleslao Lewin, tanto en su obra sobre Tupac Amaru como en su libro sobre los movimientos de emancipación, exclamaciones a nuestro juicio injustificadas. En efecto: el pasquín tiene, en una línea, las palabras "muera el rey de España" y Lewin, estupefacto, exclama: "Confesamos que estábamos acostumbrados a la consigna de ¡Viva el rey y muera el mal gobierno! el eterno grito de guerra de los rebeldes americanos; pero muera hemos encontrado por primera vez en el documento citado, y esto nos hace pensar mucho en la táctica empleada por los revolucionarios americanos, que, por lo visto, era muy flexible y cambiaba según las circunstancias. No nos olvidemos del tremendo significado de las palabras comentadas. Todavía en 1810 se juraba fidelidad a "nuestro católico monarca Fernando VII, que Dios guarde", y aquí en pleno siglo XVIII aparece una consigna tan radical".

Una mala lectura o una convicción sincera y profundamente equivocada es la causa de todo este asombro que no tiene la más mínima razón de existir. El señor Lewin, de origen polaco, aunque domina el idioma español, parece haber olvidado que, en nuestra lengua, cuando alguien dice: "Que me muera ahora mismo si tal cosa no es cierta", no desea su muerte, sino que sostiene, con algo que se ama tanto como la propia vida, la verdad de una afirmación. En el pasquín mencionado ocurre exactamente lo mismo. Dice: "Viva la ley de Dios y la pureza de María y muera el rey de España y se acabe el Perú, pues él es causa de tanta iniquidad, si el monarca no sabe de las insolencias de sus ministros, de los robos públicos, y cómo tienen hostilizados a los pobres. Viva el rey y mueran todos estos ladrones públicos, ya que no quieren poner enmienda en lo que se les pide..." Bien leídas, las líneas transcritas afirman que era segurísimo —se po-

nía como garantía la vida del rey y la existencia del Perú— que el monarca sabía muy bien los robos que se cometían. Viva el rey y mueran los ladrones era la consigna del momento. El rey sabía todo. En consecuencia era lícito levantarse contra los tiranos que esquilaban a la población. El 12 de marzo estalló la rebelión en La Paz. El seis por ciento de la hierba, de la coca, de la carne salada y de las bayetas de los chorrillos había indignado a todos los pobladores. Más de dos mil personas aparecieron en las calles. El rey era invocado a gritos para hacer valer la justicia de los pedidos. Lo mismo sucedió en Cochabamba, en abril de 1780. La gente gritaba “Viva el rey y muera el mal gobierno!”, muera la aduana, mueran los ministros, etc. También llovían las amenazas de levantarse, hacer correr sangre, etc. Los pasquines decían estas y otras cosas. El 7 de abril, en un Cabildo abierto, la aduana fue suprimida. El pueblo había triunfado. Otros alborotos hubo en Moquegua, en Cayllona, en Chacas, en Piscobamba y en otras poblaciones, hasta que, el 4 de noviembre de 1780, hizo su gran estallido la rebelión de Tupac Amaru, tan estudiada, por tantos autores, desde el siglo XVIII hasta la actualidad.

La única verdad que fluye de los hechos expuestos es que en América, como en España, el pueblo se levantó todas las veces que leyes o resoluciones gubernamentales anti-populares provocaron su indignación. La vieja creencia de que en América las leyes se obedecían, pero no se cumplían —principio propio de la independencia política vasca— no tuvo ninguna realidad en el Nuevo Mundo. Autores anti-españoles, mudos ante la maravilla de las Leyes de Indias, no sabiendo cómo destruirlas inventaron la estúpida afirmación de que esas leyes eran obedecidas, pero no cumplidas. En nuestro libro **Francisco de Alfaro y la condición social de los indios** hemos reaccionado contra esa suposición, tan injusta como falsa, demostrando, con el ejemplo de las disposiciones de Alfaro, de gobernadores, y de virreyes y de reyes que para no cumplir una ley era preciso hacer mil súplicas, enviar delegados y llegar, como en los casos citados en estas páginas, a verdaderas rebeliones que, por otra parte, no siempre lograban lo que se proponían. Estos alborotos o revoluciones —según su importancia— no tenían, a menudo, ni siquiera los ideales políticos que encerraban, en cambio, los que se producían en la Península. En América, todos los mencionados anteriormente, respondían a profundos desagrados populares por el aumento de los impuestos y el estanco del tabaco, resueltos en 1776 y hechos efectivos pocos años más tarde. El año 1780 fue el año típico de los levantamientos sencillamente porque en ese año se empezó a cobrar los impuestos en todas partes. Suponer que esas revoluciones contra el estanco del tabaco y el exceso de impuestos tenían por fin oculto crear nuevas naciones en América, es caer en ingenuidades propias de la escuela anticuada que veía constructores de Estados en todas partes. Es indudable que, aprovechándose de ciertas situaciones de descontento popular y soñando con imposibles, no faltaron extranjeros, generalmente ingleses o franceses, y algunos locos traidores españoles que se dirigieron a Londres a proponer planes de invasión y creación, a su favor, de nuevos reinos. Los candidatos a monarcas, hombres oscuros, aventureros o algún traidor enceguedo,

aspiraban a ceñir ellos las coronas y suponían que Inglaterra pondría a su servicio barcos y ejércitos. A cambio de ello prometían libertades de comercio o aceptar protectorados, etc. Los gobiernos ingleses, como es natural, no hicieron el más mínimo caso a semejantes aventureros y extraviados. No hubo, por parte de Inglaterra, ninguna presión o influencia en las revoluciones contra el estanco del tabaco y los impuestos. Si algún capitán de buque corsario o pirata dijo a los indios de algún lugar perdido en el Pacífico que no hiciesen caso a los españoles o los asaltasen —hechos supuestos y no comprobados— no es serio tomar esos consejos propios de cualquier enemigo de España, como planes o influencias políticas capaces de crear nuevas naciones en esos puntos abandonados donde ambulaban unos pocos indios. La escuela de los conspiracionistas tiene el mérito de haber buscado este género de detalles en las capas más profundas de la historia y haberlos exhibido como si tuvieran alguna importancia sociológica o ideológica. Es una fortuna que las investigaciones se hayan ahondado tanto, porque así demuestran la única verdad y el auténtico carácter que tuvieron las revoluciones coloniales hispanoamericanas. Repetimos que los planes separatistas de contados aventureros o traidores nunca pasaron del círculo de las poquísimas personas que los conocieron. El pueblo no soñó, en ningún instante, con una separación radical de España. Afirmar lo contrario es faltar, simplemente, a la verdad. Ahora bien: es preciso decir de una vez por qué hay historiadores con innegables conocimientos históricos, apreciables y respetables por su labor, que sostienen la teoría de las influencias externas en la formación de las ideas separatistas americanas, por qué hablan de la existencia de estas ideas separatistas en épocas en que realmente no existieron, por qué atribuyen a los pobres indios, que nunca pensaron en semejantes problemas, planes de independencia más que fabulosos y por qué convierten en hombres de estatuas a charlatanes o traidores que tuvieron algunos sueños y no influyeron en la historia ni en el círculo de sus familias. Al mismo tiempo hay que decir por qué otros historiadores igualmente versados en estos estudios, explican las revoluciones hispanoamericanas y los planes de aventureros separatistas en sus verdaderos alcances, como lo estamos haciendo nosotros y, arrojando iras y ataques, rompen los moldes antiguos y crean una nueva y verídica historia de las grandes colonias hispanoamericanas. Ello ocurre porque tanto unos hombres como otros hombres tienen ideas culturales muy diferentes, opuestas, y las siguen con la pasión de los sentimientos profundos. Vamos a explicarnos más ampliamente, pues sabiendo las razones que vamos a exponer se comprenderá, una vez por todas, por qué unos historiadores, como dijimos, ven los orígenes de la independencia en una serie de causas y otros historiadores ven esos mismos orígenes en otras causas infinitamente distintas.

Los historiadores que atribuyen a la independencia hispanoamericana influencias norteamericanas, de la Revolución Francesa, inglesas, indígenas y económicas en general, son judíos, protestantes, masones o positivistas enemigos de España. En la actualidad se han sumado los marxistas y comunistas. Todos ellos están formados en la vieja escuela racista y materialista, ignoran la historia de las ideas y

creen en la realidad de conspiraciones y problemas comerciales que nunca existieron. Por antipatía no estudian o conocen muy mal la historia de España y, por consecuencia, infinidad de hechos americanos ligados a ella. En síntesis: son pseudocultos que odian a España y a la religión católica. Sus enseñanzas a menudo convierten a discípulos o simples repetidores sin autoridad propia. No citemos nombres; pero el lector que piense en cualquier autor que defienda las teorías mencionadas puede tener la seguridad de que es o ha sido masón, judío, protestante o enemigo de España.

Tócamos, también, por el hecho de dedicar nuestra vida a estos estudios, explicar nuestra posición. Pertenecemos al más puro catolicismo por todos nuestros antepasados; pero, como estudiosos independientes, polemizamos con algunos escritores que atribuyen al catolicismo infinidad de hechos que tienen otros orígenes o lo convierte en despotismo. Somos los primeros en mostrar los defectos de la España absolutista y en reconocer, al mismo tiempo, el asombro que representa en la historia del mundo la España que presentaba al pueblo como fuente del poder. Aplaudimos a los investigadores judíos y protestantes que han hecho tantos notables aportes a la historia americana, y reconocemos, por los primeros, que San Martín, el Padre de la Patria argentina, fue masón, como tantísimos otros hombres de su tiempo. No tenemos prejuicios ni supersticiones ni odios. Por ello combatimos por igual al judío que ve la independencia de América en influencias nunca existidas o en planes de charlatanes intrascendentes y al católico que atribuye a un filósofo jesuíta los orígenes de esa misma independencia. En las "entrañas" de la colonia no hubo jamás ninguna fuerza separatista. Los indios detestaron, lo mismo que los españoles y criollos, a quienes los cargaban de impuestos. Las protestas hispanoamericanas a veces superaron a las que hubo, por los mismos años, en la Península; pero, en general, no fueron tantas ni tan graves. Hacer la historia de las revueltas contra impuestos producidas en América y olvidarse de las que había en España es escribir la mitad de una historia, presentar un cincuenta por ciento de la verdad y hacer suponer, con esa media verdad, hechos que estuvieron muy lejos de ser lo que se dice de ellos. Luego, el atribuir a esas protestas, idénticas a las de España, propósitos que nunca tuvieron, es otra irregularidad que falsea, indiscutiblemente, la verdadera historia. Buscar, por otra parte, las causas de la independencia en leyes o cuestiones raciales o influencias políticas extranjeras que no se relacionaron, jamás, con ningún propósito separatista, es perderse en una erudición inútil y engañar al estudiante desprevenido o al lector de cultura media. Todo esto se hace, por historiadores anti-españoles, anti-católicos y anti-liberales para no conocer las únicas verdades que son las siguientes: todos los movimientos anteriores a las fechas en que se supo en diferentes lugares de América la revolución estallada en Madrid el 2 de mayo de 1808, en contra de Napoleón, no tuvieron propósitos de crear nuevas naciones y estuvieron dirigidos contra malos gobernantes, contra leyes o disposiciones aduaneras impopulares; los proyectos de visionarios, traidores o extranjeros tendientes a convertir algún lugar de América en reinos o repúblicas fantásticas se esfumaron por sí mis-

mos y no tuvieron ninguna influencia en los hechos que condujeron, realmente, a la independencia de las naciones hispanoamericanas; en 1808 comenzó en la América española la lucha entre los partidarios de instalar Juntas, como en España, y quienes se oponían a ello para mantenerse en sus ventajosas posiciones; en 1809 esta lucha se hizo aguda, especialmente en el alto Perú, entre los partidarios de las Juntas y los partidarios del Consejo de Regencia, por temor, también, de que la infanta Carlota Joaquina, del Brasil, se convirtiese en regenta de la América española; en 1810 la lucha entre quienes querían establecer Juntas populares de gobierno y quienes querían obedecer al Consejo de Regencia, de Cádiz, se hizo más general como inmensa guerra civil que cubrió toda América, y en los años sucesivos comenzaron a nacer las primeras ideas de verdadera separación de España hasta que, a la caída de Napoleón, en 1814, los nuevos choques de liberales y absolutistas convencieron a los primeros que, para no ser dominados por los segundos, era ineludible la independencia definitiva. Esta se declaró en Tucumán en 1816, y abarcó, teóricamente, todo el Continente hispano.

La idea independencionista, separatista, fue posible porque el sistema de las Juntas se fundó sobre la doctrina de los derechos naturales del hombre, sobre el principio de que el pueblo es la fuente del poder y puede elegir un gobierno y quitarle, también, el poder, cuando ese gobierno es tiránico. Estos principios son puramente tomistas y constituyeron las normas de gobierno de toda la historia colonial hispanoamericana. Santo Tomás fue el primer gran expositor de los derechos naturales del hombre y del pueblo considerado como fuente de todo poder político. Sus seguidores crearon la llamada escuela de Salamanca, con hombres como Martín de Azpilcueta, Francisco de Vitoria y otros muchos. En su contra, un siglo después de Azpilcueta y de Vitoria, apareció la escuela representada, principalmente, por Suárez que, si bien reconocía el pueblo como fuente de poder, opinaba que el pueblo podía elegir un gobierno, pero no podía destruirlo nunca más, con lo cual dió unas bases democráticas a las dictaduras e hizo aún más sólidos los sistemas absolutistas y personales. América siguió la doctrina tomista, azpilcuetana y vitoriana que permitió los levantamientos de los comuneros de Domingo de Irala, en el Paraguay, en 1541; de los comuneros de Antequera y Mompós, en el primer cuarto del siglo XVIII; el establecimiento de las Juntas, desde el 1808 en adelante, y la declaración de la independencia, en 1816. Estas son verdades inquestionables; pero en su contra hay dos géneros de opositores. Unos son los partidarios de Suárez, defensores disimulados de las dictaduras. Otros son los anti-católicos en general y nazistófilos vergonzantes o abiertos (judíos, masones, ateos, anti-católicos en general, etc.). Los primeros no atacan a Santo Tomás ni a la escuela de Salamanca y tratan, tan sólo, de desviar el agua para su molino. Los segundos creen que reconociendo el pensamiento tomista, como guía principal de la idea independencionista, se rinden ante el catolicismo. No nos debe interesar lo que piensan enemigos, por sistema, de la verdad, si la verdad va en contra de sus prejuicios y sectarismos. Mientras la historia esté al servicio de tendencias o de grupos y no estos grupos al servicio

Supuestos Movimientos Precursores de la Independencia Americana

de la historia, la verdad se verá envuelta y atacada, obscurecida, poco menos que deshecha: La historia ha entrado, realmente, en campos hasta ayer insospechados. Las pasiones políticas hacen más daño que en cualquier otro tiempo. Por fortuna, el descubrimiento de la historia de las ideas explica lo que no se ha conseguido aclarar en tantos años, con tantas supuestas conspiraciones y tantos planes infantiles y ensoñados. Para comprenderla hay que acudir, sin prejuicios, a todas las fuentes y esparcir entre el público, sin temores, todas las verdades.